



Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

Todo empieza con un juego. Y con dos hermanas. Algunas noches, en los diez minutos suspendidos antes de que Abuela regrese del bingo, las niñas salen a escondidas por la puerta trasera hasta El Ahorcado, un volcán redondo como la barriga de una embarazada tumbada bocarriba. Las normas son sencillas: hay que correr de la mano, sin linterna y contar hasta tres antes de volver a casa sin mirar atrás. Si El Ahorcado alcanza a una de las dos, la otra sigue jugando sola.

Quien narra esta historia es la hermana mayor, siempre un par de pasos —y dos años—, por delante de Aleja. De todos los juegos que inventaron juntas, el del El Ahorcado es su favorito, aquel que le llena el corazón de miedo y la lleva lejos de un mundo adulto contradictorio en el que muchas veces se siente como si no existiera. Los padres alargan los días y las noches en el bar, una copa o un botellín siempre en la mano, y con Aleja se duermen en el coche o en una silla, y más tarde, ella despierta en su habitación, rodeada de extrañas criaturas que la miran. Cuando se quedan las dos en la casa de Abuela, al menos puede sentir cerca al volcán, las laderas de rofe y su

silueta preciosa y terrible dominando el paisaje de la isla y su imaginación. Abuela cuenta que El Ahorcado debe su nombre a una historia, aquella de una popular canción que cantan los vecinos acerca de un hombre que se ahorcó para dejar de ver a su amada muerta. Abuela cuenta también que en la familia existe un don que se hereda y se sufre generación tras generación. Y las niñas, mientras tanto, continúan con sus juegos inventados, una delante de la otra sorteando peligros para quizá así ser vistas por los padres.

Pero una verbena, cuando la protagonista tiene doce años, ocurre algo atroz que lo cambia todo. Las normas del juego se rompen y la casa, de pronto, se llena de pena y llantos, de culpa y enfado. Donde antes estaba Aleja, ahora hay una ausencia y una pared de pladur que divide el hogar en dos. Pero también, un don, herencia hermosa y maldita, que un día se manifiesta para que la hermana mayor continúe hablando con la pequeña, una niña de diez años para siempre, y se tumbe a su lado en las laderas de El Ahorcado para mirar las estrellas y descifrar cómo se sigue adelante, la vida entera, con el dolor y la tristeza dentro.

CLAVES DE LA NOVELA

En la escritura y el dibujo, cuenta Lana Corujo, encontró muy pronto los lenguajes para contar historias que transmitieran aquello que, muchas veces, no se puede decir en voz alta. Con una carrera en el mundo de la ilustración y dos poemarios publicados que hablan de pérdidas y cuidados, de paisajes de infancia y relatos que cuentan las abuelas y circulan de boca en boca, esta autora canaria debuta ahora en narrativa con una novela ambientada en una isla cubierta de rofe áspero y grueso y coronada por un magnífico volcán que se cuele en los juegos de unas niñas, y también en sus miedos; en el imaginario popular y las canciones que mantienen viva la memoria; y en los pensamientos secretos de una joven que regresa a él, una y otra vez, para encontrar el modo de transitar un duelo hecho, como todos, de una amalgama de sentimientos en la que el dolor puede mudar en culpa y herida.

Cada capítulo de *Han cantado bingo* lleva un título, y cada título, un número que señala las edades de la protagonista a lo largo de una historia que abarca desde su infancia hasta la adultez, reuniendo una serie de fragmentos dispersos de una vida cuya cronología ha sido deconstruida. Hay algo lúdico y poético, y a la par inquietante, en la manera en que Lana Corujo pasa de un episodio a otro, hilvana voces, mezcla realidad y magia, y compone un relato en el que las piezas encajan poco a poco, dejando huecos donde lo inexpresable encuentra su lugar. A través de una prosa elíptica, se captura la mirada de una niña que observa y comprende a medias los códigos de un mundo adulto contradictorio que contiene violencia, desamparo y un amor que no consigue dar por hecho. Las hermanas no se pelean, dice esta niña, «y los padres no deberían dar miedo». Aquello que escapa a su entendimiento se vuelve

confusión e incomodidad, un molesto picor en la piel, pero también da paso a la imaginación: una forma, primero, de exorcizar el temor por la vía del juego, y más adelante, de trazar una línea de fuga para hacer soportable una realidad que, demasiado temprano, se descubre feroz. La mente, para la protagonista, es el espacio para ser salvaje, soltar palabrotas, pensar en los monstruos, liberar la furia y guardar esos secretos que, si fueran revelados, podrían convertirla también a ella en una criatura monstruosa. Secretos que recorren una novela donde solo entre hermanas parece estar concedida la oportunidad de conocer a la otra al «cien por cien», a fuerza de pasar horas juntas y compartir una misma intimidad doméstica; pero el vínculo fraterno es afecto, protección y complicidad, y a la vez, la puerta a los celos, y de allí, a un acto de crueldad infantil ligado trágicamente a un acontecimiento brutal que, en consecuencia, engendra dolor y una inmensa e inconfesable culpa.

«Eliges el camino de ser un horror de persona y discutir con tu hermana. Eliges perderla de vista. Eliges no cuidarla. Eliges ser el monstruo. Eliges y la consecuencia es desastrosa», piensa la protagonista, ahora una chica joven anclada en una culpa que, con el correr del tiempo, ha ido ganando capas que la convierten en un denso nudo: la culpa por seguir adelante sin su hermana, por no poder salvar a sus padres del dolor, por ocultarle sus diversos rostros a una buena amiga, y por poseer un don que a su madre le ha sido negado. Un don del orden de

lo mágico que permite ver a un ser querido que murió, y al mismo tiempo, es un triste recordatorio de esa muerte, y a través del cual *Han cantado bingo* indaga en la pérdida, en los límites imprecisos que separan a los vivos de los muertos, y en la posibilidad de conservar al otro como una aparición o recuerdo que nos acompaña, aunque también nos ata. La novela, a su vez, recorre el duelo, sus estadios y las distintas formas de transitarlos en una casa donde un padre llora y se enfada, una niña conversa en secreto con su hermana muerta y una madre, incapaz de asumir la pérdida, escribe correos a un remitente fantasma y el día en que entierran a su hija le compra unas medias para que no pase frío.

Con cada trazo, por mínimo que sea, cada detalle y cada número del cartón de bingo, crece esta historia acerca de dos hermanas, una tragedia y un duelo, o muchos, que Lana Corujo cuenta con una lengua cautivadora en la que caben el dolor y la belleza. «Este mundo es cruel, despiadado. Y, aun así, lo vivo empeñada en encontrar belleza», dice una chica de veintidós años que, atrapada entre la pena y la culpa, persigue ese rastro de hermosura que atraviesa la escritura de este brillante debut narrativo y asoma en un paisaje agreste, un cielo estrellado, la imaginación, un volcán redondo que es monstruo y compañía. O una amistad adulta que se descubre como un espacio sin recovecos donde la muerte, la violencia y la tristeza siguen existiendo, pero pueden dejar de ser, por fin, un vergonzoso secreto.

LOS PERSONAJES

LA PROTAGONISTA

A los dos años, sus padres le presentan a una bebé de pelo muy negro que, dicen, es su hermana. Ella no entiende muy bien qué significa eso de ser hermanas, pero lo cierto es que desde aquel día, la protagonista y Aleja se vuelven inseparables: compañeras de juego, de secretos y de un mismo desconcierto frente a unos padres que, muchas veces, apenas parecen recordar que ellas están allí, esperando sus cuidados y un gesto de amor. El miedo a no ser querida por ellos lleva, tal vez, a que le cuente una mentira cruel a su hermana menor en una verbena. Lo que sigue es la culpa y el dolor inmenso de una niña de doce años que, un tiempo después, descubre que ha heredado un don y, a partir de entonces, debe aprender a seguir adelante y tomar distancia de la isla, de Aleja y de El Ahorcado, su volcán preferido y el lugar al que regresa a los veintidós años, cuando poco a poco comienza a cambiar los remordimientos por la tristeza.

«A veces quiero ser hija única, como lo es mi amiga, y que papá y mamá tengan tiempo y espacio para mirarme y ver que existo como una persona sola y no como una persona pegada a otra más chiquita. Siento que mi hermana y yo somos un ser monstruoso de dos cuerpos, dos bocas, dos cabezas y cuatro ojos y dos corazones: uno lleno de rabia y tristeza, y el otro lleno de tanto amor que no lo entiendo. Un monstruo y dos al mismo tiempo. Una siendo igualita a papá y la otra siendo igualita a mamá. Una con las uñas mordidas, la otra con los labios despellejados. Una pequeña para su edad y la otra demasiado alta para la suya.

Dos polos brillando opuestos. Una que nació mientras llovía y la otra bajo la calima. Si una da un paso adelante, la otra lo tiene que dar por fuerza. Somos un mismo *pack*, uno indivisible, imposible que te lleves uno sin el otro. Si no, los adultos gritarán y dirán que es mi culpa. Si una quiere un buchito fresco, la otra también lo tiene que beber. No pongas nunca más cantidad de papas fritas en un plato que en otro, cuéntalas si hace falta, pero danos lo mismo. Somos un mismo animal con dos estómagos, dos intestinos, dos vejigas y cuatro piernas. A veces me encantaría cortármelas y quedarme siendo una única mitad».

ALEJANDRA

Tiene dos años menos que su hermana mayor, pero pareciera que hubiese estado siempre allí. Primera amiga y testigo de ese mundo adulto que ni una ni otra consiguen entender del todo, Aleja va siempre unos pasos por detrás de su hermana y a veces es una compañía, y otras, una carga. Quisiera heredar el don que ha ido pasando por los miembros de la familia, pero a ella le toca otro papel en la genealogía: la noche en la que su hermana, en un raptó de celos, le dice algo cruel en medio de una verbena, Aleja desaparece y su vida tiene un desenlace trágico. Con apenas diez años conoce una violencia atroz, aunque lo último que recuerda, según le cuenta a su hermana, es seguir un montón de estrellas que la guían hacia el volcán.

«¿Tú recuerdas lo que te pasó?

¿Cuándo?

Después de discutir.

No me contestes porque me da miedo.

Un montón de estrellas bajaron y las seguí hasta que me guiaron al volcán.

¿Pasaste miedo?

No. Sabía que tú aparecerías.

PERDÓN. Cuántas veces querría decírtelo y cuántas veces no me atrevo.

¿Te gustan las estrellas?

Las dos nos tumbamos encima del rofe y hacemos angelitos negros.

Mucho.

Esta noche no jugamos. Solo somos dos hermanas tendidas sobre las piedras que no le temen a la oscuridad. Al menos cuando estamos juntas.

¿Me cuentas una historia?

Había una vez dos cachorros de perro que crecieron solitos.

La tierra se siente caliente debajo de nosotras.

Solo se tenían el uno al otro. Por eso se mordían, porque no podían morder a nadie más.

El volcán nos mece.

Hasta que un día, uno se perdió.

Me entra el sueño. Siento que nos hundimos entre el picón. Bajamos hacia donde resplandecen más estrellas. Hay bichos carreteros. Hablamos su idioma. Aleja y yo nos damos la mano y flotamos. Ella me pide que este cuento no termine triste. El volcán nunca nos quiso hacer daño».

LA MADRE

Cuando sus hijas son pequeñas, esta mujer puede pasearse por casa o el bar con un botellín en la mano, o dejar que las niñas desayunen chuches y pasen la mañana entera viendo dibujos animados en pijama en lugar de ir a clase. Para su hija mayor es una adulta extrañamente irresponsable cuyo llanto desgarrado llena la casa el día en que Aleja desaparece. Años después de perder a su hija pequeña, continúa escribiéndole correos y deseando poder abrazarla una vez más, pero el don que se hereda en la familia a ella le ha sido negado, o así parece, y eso vuelve más difícil aún la relación con su primogénita.

«*Mamá. Está metida en la cama. Mamá. Lloro mucho. Mamá. Cuando me acerco, rasga la tela con las uñas. Mamá, ¿comemos algo? Tengo hambre. Me mira con los ojos hinchados. {Ven} Me meto en la cama con ella. Me arropa y llora. Mamá. {Lo siento muchísimo}*».

EL PADRE

Su voz es fuerte, infunde miedo, menos cuando habla con la pequeña Aleja, una bebé para la que reserva toda su ternura. A la hermana mayor le exige que cuide de la pequeña y de un buen ejemplo olvidándose de los monstruos imaginarios y de aquel don que se hereda en la familia de su esposa. Padre imperfecto, es él, sin embargo, quien empuja a la protagonista para que a los dieciocho años se marche a estudiar fuera de la isla gracias a unos ahorros que tiene reservados para ella. Una elección que podría separarla de su hermana y el volcán, pero abrir, al fin, la puerta al duelo.

«El humo de su cigarro sale por la puerta del patio, desde donde puedo ver a El Ahorcado. *Papá. No me contesta, solo me mira. ¿Por qué se toman en serio la mentira de Aleja?* La boca se abre y se cierra. {Tu hermana aún es pequeña, solo están jugando con ella} *Pues yo también veo cosas. Más incluso.* Se lleva una mano a la frente con pesadez. Coloco las hojas de papel encima de la mesa de la cocina. *Mira. Voy señalando a los monstruos. El caballo alado. El Ahorcado. Todo*

lo que imagino está aquí dibujado. *Esto es lo que veo yo.* Papá me mira con unos ojos que no había visto antes. {En poquito cumplés once años, ya eres una niña grande. ¿Sabes lo que hacen las niñas grandes? No imaginan cosas que no existen. Los amigos imaginarios son para las niñas chicas} Me sube la tristeza desde los talones. Su voz es dura. {Eres la hermana mayor, tu hermana hará todo lo que tú hagas. Tienes que dar ejemplo} Miro el vientre, donde encuentro una pelota roja hirviendo. Eso tiene que ser el dolor. Él golpea con el dedo mis dibujos. {Olvídate de todo esto. Olvídate de ver cosas que no existen}»

ABUELA

Abuela es la madre de la madre, y una de las portadoras del extraño don que circula en la familia: la posibilidad de ver a un muerto, en su caso, su madre. Ante unos padres ausentes, se hace cargo de cuidar a sus nietas e introducirlas, junto con el tío Félix, en el legado familiar y las tradiciones de esa isla de donde nunca se ha marchado nadie del clan. Al lado de esta mujer que llega a ser no-nagenaria, la protagonista aprende acerca de los misterios de su herencia, de El Ahorcado y una vida que sigue adelante a pesar de las pérdidas y el dolor que éstas conllevan.

«La voz de mi Abuela se abre paso, su mano se mete entre mi pelo y me habla sin regaño ni maldad. *El volcán nos va a atrapar.* Nos siento en peligro, pero ella me limpia la cara con un pañuelito. Veo a Tío Félix a nuestro lado. {Vámonos a casa, venga} Tiene la voz asustada. *Vámonos con Aleja, por favor. Está escondida.* {¿Cómo?} *Yo le dije la noche de la verbena que ojalá no hubiera nacido. Por eso no quiere volver.* {Vamos con ella} Los dos me ponen de pie. Sé que Aleja se va a enfadar por romper su secreto. Pero ya me abrí paso al castigo. Perdí el juego y quiero volver con mi hermana.

Rodeamos El Ahorcado, que tiene los ojos apagados. Tío Félix ilumina el camino con la linterna y yo camino agarradita de Abuela. El viento cruje la noche. Cuando llegamos a la parte trasera, Aleja nos espera sentadita en la roca de siempre. Nos miramos con espanto. *Lo siento mucho.* {¿Dónde está?} Abuela me mira y yo la señalo para que Tío Félix apunte hacia ella. *Ahí.* Oigo un ruido igualito al de un animal cuando le haces daño y me doy cuenta de que es Abuela a punto de llorar».

CLARA

Cuando la protagonista tiene veintidós años, a la isla llega de visita su amiga Clara, a quien conoció mientras estudiaba fuera. Hay algo en Clara que le recuerda

a Aleja, o así quiere imaginar que sería su hermana si hubiera llegado a la adultez. A su lado la amistad se revela no solo como una continuación natural de la relación fraterna, sino también como un espacio amplio y amable en el que algunos secretos pueden decirse en voz alta y la pena no desaparece del todo pero se torna más tolerable.

«Dentro y fuera de la isla no soy la misma persona. Clara solo ha conocido a una de ellas, pero aquí soy igual que cuando mamá vuelve a casa y la sonrisa se le borra al traspasar la puerta. La versión que asusta y es incómoda. La más transparente y menos bella. Eso que yo también soy y que aquí, en la isla, existe salvaje. Clara hace vídeos con el móvil, tiene los ojos fascinados. En su pantalla veo El Ahorcado y asumo que llegamos al pueblo de Abuela. Cuando aparcamos frente a su casa, mamá nos ayuda a sacar las maletas del portabultos. {No le den mucha jaqueca, ¿eh?}, me susurra al oído antes de darme besos estampidas en la mejilla. Nunca quise que Clara viniera a la isla, pero las palabras correctas se me escurren solas por la boca cuando intento no salirme de ser, ante todo, una versión complaciente. Nos quedamos en casa de Abuela porque es el lugar menos peligroso. La casa del muro de pladur grita todas las verdades que le he ocultado desde que somos amigas».

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. *Han cantado bingo* cuenta una historia que gira en torno a una tragedia, y lo hace dando saltos en el tiempo y deshaciendo la cronología de los acontecimientos. ¿Por qué pensáis que la autora cuenta de esta forma la historia de la protagonista y su hermana Aleja? ¿Qué nos dice este modo fragmentado de narrar respecto a la historia que se cuenta?
2. El bingo da título a una novela que no solo contiene varios guiños a este juego popular, sino que describe en detalle los juegos que inventan las dos hermanas. ¿Cuál es el papel del juego en la novela? ¿Qué representa lo lúdico?
3. El juego de El Ahorcado es el favorito de la protagonista, que en casa de Abuela puede estar más cerca de ese volcán que la fascina y atemoriza a partes iguales. ¿De dónde nace su atracción por el volcán? ¿Qué significados adquiere ese lugar para ella a lo largo de su vida? ¿Y cómo se incorpora el paisaje canario en la novela?
4. La infancia de la protagonista y Aleja transcurre en un mundo donde casi no aparecen niñas de su edad y las hermanas se mueven, principalmente, entre adultos. ¿Cómo es el mundo adulto según la protagonista? ¿Cómo ve a sus padres? ¿Y qué sensación tiene a su lado?
5. Los padres, dice la protagonista, no deberían dar miedo. ¿Ella lo siente? ¿Por qué? ¿Y cómo es el mundo adulto que ve cuando va a jugar a casa de su amiga o visita a Abuela y sus tíos?
6. Si el mundo de los padres está asociado al miedo y a lo que no se termina de comprender, ¿con qué se relaciona el mundo de Abuela? ¿Cuál es el rol que desempeña esta mujer para las niñas? ¿Y qué saberes les transmite?

7. La historia narrada abarca desde la infancia hasta la adultez de la protagonista, un período de tiempo a lo largo del cual la mirada sobre el mundo adulto va cambiando. ¿Cómo evoluciona la relación con su madre y su padre? Frente a ellos, ¿la hija adulta continúa sintiendo lo mismo que cuando era pequeña?
8. Si en la infancia el vínculo con los padres aparece desdibujado, la relación con Aleja, en cambio, ocupa un lugar central para la protagonista. Aleja nace cuando ella tiene dos años pero, aun así, tiene la impresión de que su hermana pequeña siempre estuvo a su lado. ¿Cómo se retrata esta relación entre hermanas? ¿Qué las une? ¿Es una relación simétrica? ¿Los roles de hermana mayor y hermana menor condicionan el vínculo?
9. La relación entre las hermanas es el lugar de la complicidad y el afecto, y también de los celos. ¿De dónde surgen los celos de la protagonista? ¿Y qué evolución tienen?
10. Enfadada con Aleja, la protagonista comete un acto de crueldad que queda ligado a la desaparición de su hermana durante la verbena. ¿Cómo aborda la novela el tema de la culpa? ¿Qué hace sentir culpable a una niña de doce años y cómo vive esa culpa cuando ya es adulta?
11. La imaginación es otro de los elementos clave en una novela que habla de juegos, monstruos, apariciones y un don que conecta a los vivos y los muertos. ¿Cuál es la función de la imaginación para la protagonista y su hermana cuando son niñas? ¿Y qué sucede con la imaginación a medida que la protagonista se hace adulta?
12. El don que corre por la familia materna, y que la protagonista hereda, pertenece al orden de la magia y lo sobrenatural. ¿Qué simboliza este don? ¿Qué nos dice acerca de la muerte y la relación que los vivos mantenemos con los seres queridos que hemos perdido?

13. De la culpa que la protagonista experimenta a los doce años cuando pierde a su hermana al dolor que siente a medida que el tiempo pasa, ¿cómo enfoca la novela el tema de la pérdida y el duelo? ¿Y cómo retrata el duelo o la pena de cada uno de los personajes? ¿Por qué la protagonista dice que la muerte, al igual que su hermana, es un secreto?
14. En la novela se habla de dos amistades: aquella que la protagonista tiene cuando es una niña, y la relación con Clara, que la visita en la isla cuando ella tiene veintidós años. ¿Qué importancia tienen estos vínculos para la protagonista? ¿Cuál es el lugar que se le asigna a la amistad en la novela? ¿La amistad tiene algo en común con la relación entre hermanas?
15. «Este mundo es cruel, despiadado. Y, aun así, lo vivo empeñada en encontrar belleza», dice la protagonista. ¿Qué significado o valor tiene esa belleza que busca? ¿Diríais que la encuentra? ¿Y diríais que *Han cantado bingo* es una novela que habla de la pérdida, del dolor y de la violencia sin renunciar a belleza?

LA AUTORA



© David Machado

LANA CORUJO (Lanzarote, 1995) se forma en Ilustración y Dirección de Arte en Madrid. En 2021 regresa a la isla, donde vive actualmente. Ha impulsado el Encuentro de Literatura Verbena, con tres ediciones a sus espaldas. Ha publicado *Ropavieja* (Editorial Dieciséis, 2021), con el que fue seleccionada por el Ministerio de Cultura para participar en la Feria del Libro de Frankfurt en 2022, con España como invitado de honor. Fue becada por los Centros de Arte, Cultura y Turismo de Lanzarote para

realizar una residencia artística con la Fundación ACE en Buenos Aires en 2023. Ha expuesto en el Museo de Arte Contemporáneo de Lanzarote con la muestra «El Traspatio» (2022), además de participar en otras, como «Duelos» (2023), «Categorico Retrato» (2021) y en la Madrid Design Week en 2020. También ha comisariado las exposiciones «Tayó: Jugando entre líneas» y «Calima Purpurina», de Marina Speer, ambas en El Almacén, un centro cultural de Lanzarote.

DECLARACIONES DE LA AUTORA

«La base, lo que lo cimienta todo, es la comunicación, transmitir un mensaje. La escritura y la ilustración son herramientas que utilizo para transmitir ese mensaje, pero a mí principalmente lo que me gusta es comunicar».

«Me frustraba [de niña] no ser capaz de decir lo que quería, o lo que pensaba; descubrí que con la escritura podía contar historias que hablasen de lo que yo sentía, muchas veces en tercera persona, usando personajes para poder transmitir mis pensamientos, evitándome a mí el peso de cargar con ellos. Por eso empecé a escribir cuentos».

«Me gusta la herida. Si estoy feliz, me cuesta mucho escribir, pero cuanto más afecta la herida, cuanto más está ese dolor, incluso surge el humor de hacerle frente».

«Disfruto mucho las novelas intimistas; encontré en palabras de otra persona una forma de atravesar lo que yo misma sentía. Eso me resulta fascinante de la literatura; hay muchos géneros, muchos tipos, pero yo elegí el género que a mí me sostenía, con el que me sentía identificada y me permitía entenderme y salir adelante».

(Marzo, 2021. Entrevistada por María Valerón. *Diario de Lanzarote*)

«A mí me apena bastante sentir que estamos en un mundo cada vez más individualista, porque ¿acaso no pretendemos hacer con la cultura lo contrario? Debemos unirnos, en vez de pasarnos el día entero peleando. Y con la literatura canaria pasa lo mismo: nuestro objetivo común debería ser el de visibilizarla y ponerla en el foco, y por suerte me he encontrado con bastante gente que persigue lo mismo».

«Canarias tiene una cultura muy sociable, muy novelera, donde se disfruta el verano yendo de romería en romería. De hecho, yo creo que de ahí viene mi pasión por la literatura: no de leer a los grandes escritores -que en cierta parte también, por supuesto-, sino de las anécdotas que me contaba mi abuela, de esas historias que iban pasando de boca en boca y te dejaban durante horas pegada al suelo, queriendo escuchar más. Esa es, al menos, la idea de literatura popular que yo tengo, y es también la que quiero transmitir en nuestras Islas».

(Febrero, 2022. Entrevistada por Alfonso Mareschal. *Revista Popper*)

LA CRÍTICA HA DICHO

«Leer este libro me dio fiebre. Me fascinó y me aterró. Me conmovió y me rompió. La escritura de Lana es como ninguna otra: es un juego que termina en pelea que termina en abrazo que termina en llanto».

Aida González Rossi

«Este libro es una yincana por el cielo estrellado de la infancia: la lectora deberá estar preparada para el vértigo, pero también para el dolor de la noche y, sobre todo, para entender los muchos rostros de la pérdida. Qué inteligente y lúcida es Lana Corujo. Qué ganas de seguir conociendo su mundo».

Luna Miguel

«En esta novela brillante y oscura, que va brincando a través de las edades de la

protagonista, descubrimos que la familia está mucho más ligada a la muerte de lo que hablamos y de lo que querríamos; y que olvidar, a veces, es también un gesto de amor. La escritura de Lana Corujo es saltarina y se te queda pegada bien cerquita del corazón, como sus fantasmas. ¡Tengan cuidado con los ojos de los volcanes y con sus propios ojos leyendo esta historia de dos hermanas tan emocionante, tan adictiva, tan inolvidable!».

Juanpe Sánchez López

«Como en un juego, Lana consigue imaginar fronteras invisibles para luego cruzarlas. Como hermana mayor, leer esta historia también ha sido como cruzar una frontera entre el miedo y el afecto. Ha sido tan sencillo, ha sido tan difícil».

Júlia Però

